

HOMILÍA SOLEMNIDAD DE LA INMACULADA – 2010

CICLO “A”

Unidos a la Iglesia Universal, celebramos hoy la solemnidad de la Inmaculada Concepción de la Stma. Virgen María, que fue preservada por singular privilegio de Dios de contraer el pecado original.

La fiesta solemne de la Inmaculada Concepción de la Virgen María debe enmarcarse y celebrarse en el ámbito del Adviento. Contemplemos a María en este misterio y descubriremos la llamada que nos hace Dios para ser santos e irreprochables en el amor en su presencia.

Un recuerdo especial y una oración agradecida por nuestras madres, por todas las madres del mundo.

1.- Lecturas:

*** Libro del Génesis 3,9-15.20.** Después del pecado, Dios dice a la serpiente “establezco hostilidades entre tu estirpe y la de la mujer”. Dios adjudica la victoria al linaje de la mujer. Dios ha devuelto a la humanidad la esperanza.

*** Salmo Responsorial 97.** Con el salmista cantamos, alabamos y damos gracias a Dios que ha hecho maravillas liberándonos del pecado y dándonos su amor, su perdón y su gracia.

*** Carta de san Pablo a los Efesios 1,3-6.11-12.** Dios, en su Hijo Jesucristo, desde toda la eternidad, nos ha elegido por pura gracia y nos ha destinado para que seamos santos e irreprochables ante Él por el amor. Vivamos en la presencia de Dios todos los días de nuestra vida, realizando con la ayuda de su gracia su designio para nosotros: ser santos.

*** Evangelio según san Lucas 1,26-38.** Escuchemos y meditemos el texto del misterio de la Anunciación. María es la mujer del “sí” a Dios, de la obediencia total a los designios de Dios, de la disponibilidad ante la voluntad del Señor, de la entrega a Dios en lo real y concreto de su existencia.

2.- Sugerencias para la Homilía

2.1.- Contemplemos a la Stma. Virgen María

De la mano de la Iglesia contemplemos con amor a María en este misterio de su Inmaculada Concepción. Recordemos las enseñanzas del Concilio Vaticano II que nos dice:

* “La Virgen María, redimida de un modo eminente, en atención a los futuros méritos de su Hijo y a Él unida con estrecho e indisoluble vínculo” (LG 53).

* “Los Santos Padres llaman a la Madre de Dios toda santa e inmune de toda mancha de pecado y como plasmada por el Espíritu Santo y hecha una nueva criatura. Enriquecida desde el primer instante de su concepción con esplendores de santidad del todo singular, la Virgen nazarena es saludada por el ángel por mandato de Dios como “llena de gracia” (Lc 1,28) (LG 56).

Dios la eligió y la predestinó a ser la Madre del Verbo Encarando, y la preservó de contraer el pecado original. La hizo santísima.

* “Mientras que la Iglesia en la Beatísima Virgen ya llegó a la perfección, por la que se presenta sin mancha ni arruga, los fieles, en cambio, aún se esfuerzan en crecer en la santidad, venciendo el pecado; y por eso levantan sus ojos hacia María, que brilla ante toda la comunidad de los elegidos como modelo de virtudes” (LG 65).

2.2.- Dios nos ha destinado a ser santos

Esta es la voluntad de Dios para todos. Este es el designio de Dios para todo ser humano. Dios quiere que todos lleguemos a conocer su voluntad, que seamos santos y que nos salvemos. Dios nos ha llamado a la existencia por puro amor, nos ha destinado a ser por gracia conformes y semejantes a su Hijo Jesucristo, nos ha destinado a participar en su naturaleza divina y a ser santos. Este es el proyecto de vida que Dios ha concebido desde toda la eternidad para todos los hombres y mujeres; también para ti y para mí.

No perdamos de vista ni olvidemos esta voluntad de Dios para todos a fin de que caminemos por este mundo en paz con Dios y en paz con los demás. Por eso, deber nuestro es acoger este designio, identificarnos con él y vivir, actuar y comportarnos de acuerdo con sus exigencias.

2.3.- ¿Cómo podemos llegar a ser santos?

El camino hacia la santidad es misterioso porque en él se encuentran y se conjugan la gracia de Dios y la libertad del ser humano. Por eso hemos de ser prudentes y sencillos a la hora de hablar de los

caminos de la santidad. De todos modos, me atrevo a sugeriros un posible itinerario hacia la santidad.

En primer lugar: **querer ser santos**. Sin esta verdadera voluntad nuestra, nada podemos hacer. En efecto, Dios quiere que acojamos su voluntad y la hagamos realidad en un clima de diálogo “gracia y libertad”. Dios no fuerza a nadie, sino que respeta nuestra libertad. Jesús nos invita a seguirlo: “si quieres...”

En segundo lugar: **incorporarnos a Jesucristo** por la fe, el amor y el bautismo, como el sarmiento a la vid, a fin de que podamos participar de su misma vida y así ser santos. El seguimiento de Jesús por los caminos del reino **-las bienaventuranzas-** nos conduce a la santidad.

En tercer lugar: **dejarnos conducir** y guiar por el Espíritu Santo. Sin el Espíritu Santo, no podemos dar ni siquiera un simple paso en el camino hacia la santidad.

En cuarto lugar: **participar en los sacramentos** de la Iglesia que son fuente y manantial de gracia y de salvación, de santificación y de renovación espiritual. De manera especial comulgando con el Cuerpo y la Sangre del Señor, bien dispuesto nuestra alma.

En quinto lugar: auxiliados por la gracia divina, **dar frutos de gracia** y santidad, de justicia y de paz, de perdón y de misericordia, de verdad y de vida.

En sexto lugar, **pedir al Señor** que, en su infinita misericordia, nos libere de todo mal y no nos deje caer en la tentación de cada día y, sobre todo, en la tentación final de separarnos para siempre de Él.

En séptimo lugar, **rogar a la Stma. Virgen** que interceda por nosotros para que vivamos y perseveremos siempre al lado de su divino Hijo Jesucristo.

En octavo lugar, **suplicar con confianza** al Señor que nos conceda la gracia de la perseverancia final que es don inmenso de Dios.

En noveno lugar: **dejarnos acompañar espiritualmente** para perseverar en este camino de vida y de gracia.

En décimo lugar: **ser humildes** pues Dios “al coronar los méritos de los santos, está coronando su propia obra” (San Agustín).

2.4.- Nuestro destino final es “estar siempre con el Señor”

“No tenemos aquí ciudad permanente, sino que andamos buscando la del futuro” (Heb.13,14). El final de nuestra vida no es la nada ni la destrucción total. Nuestro destino es la Casa del Padre en el Reino de los cielos. Somos peregrinos por este mundo camino del cielo. Reavivemos nuestra fe y nuestra esperanza: “no somos carne de un ciego destino” pues “sabemos que, al deshacerse nuestra morada terrenal, adquirimos una

mansión eterna en el cielo”. Desde lo más hondo de nuestro ser anhelamos y deseamos estar con el Señor para siempre.

María está con el Señor en el cielo: “La Virgen Inmaculada, preservada inmune de toda mancha de culpa original, terminado el curso de la vida terrena, en alma y en cuerpo fue asunta a la gloria celestial y enaltecida por el Señor como Reina del universo, para que se asemejara más plenamente a su Hijo, Señor de los que dominan (Apoc. 19,16) y vencedor del pecado y de la muerte” (LG 59).

Terminamos. Unidos en la oración.

Cáceres. 30 de noviembre de 2010.

Fiesta de San Andrés.

Florentino Muñoz Muñoz